

VIDA MANCHEGA

CORRESPONDENCIA
ENRIQUE PÉREZ PASTOR

REVISTA REGIONAL ILUSTRADA

SUSCRIPCIÓN
Cuatro Pesetas al Semestre

EL MAESTRO

(Problemas nacionales)

I

De la defectuosa organización de las Escuelas Normales y del absurdo y anti-pedagógico procedimiento (oposiciones) de seleccionar los maestros nacen muchos de los hechos que describe Angel Doctor en la última parte de su artículo, publicado en el número 211 de esta Revista. Y contra lo uno y lo otro hemos levantado repetidas veces nuestra humilde voz en periódicos políticos y profesionales, en asambleas y reuniones de maestros. Las Escuelas Normales hoy, debiendo ser esa su misión casi única y exclusivamente, no «crean maestros»: son uno de los varios centros oficiales donde puede adquirirse un grado de terminado de cultura, y nada más. De lo que son a lo que debieran ser media una distancia enorme, con grave perjuicio de la educación nacional.

La organización de las Escuelas Normales, como hemos dicho, es defectuosa, sumamente imperfecta, y de nada sirve la capacidad y buen deseo de su profesorado, que se estrella contra un mal de origen de resultados negativos imposible de vencer. Siendo ministro de Instrucción Pública Burell, más de quinientos estudiantes para maestros firmaron una instancia razonada, justa y sincera, pidiendo la reforma de las Escuelas Normales; y esa instancia, aunque la comentó favorablemente la prensa, solo obtuvo una sonrisa de indiferencia por parte de los que podían y debían resolver uno de los problemas más importantes de nuestra enseñanza nacional. Desoíase la voz de las juventudes estudiosas, de los futuros maestros, de los que ansiaban salir de las Normales suficientemente capacitados para cumplir como es debido con la hermosa misión de educar a los hijos del pueblo, niños hoy, hombres mañana, nuevos ciudadanos españoles en el porvenir; desoíase la voz de las juventudes estudiosas para seguir viviendo en un ambiente de rutina, en el ambiente donde se desenvuelve, en sus distintos aspectos y manifestaciones, la vida de nuestra patria.

¿Merecían, acaso, ser oídos esos estudiantes?... ¿Merecían ser oídos los que en periódicos y asambleas pedían una reforma radical de las Escuelas Normales?... ¿Merecían ser oídos profesores tan

ilustres, de tanta experiencia en la enseñanza, como D. Aureliano Abenza?... ¿Merecían ser tenidas en consideración las sólidas e irrefutables argumentaciones pedagógicas aducidas en pro de asunto de tanta importancia y trascendencia?... Por lo visto, no. Venció la rutina,



NOTA
DEL DÍA
POR

Simonet

venció como siempre lo estatuido con todos sus defectos, y... continúa venciendo para desgracia de nuestro país. Las Escuelas Normales apesar del esfuerzo de sus dignos profesores, siguen concediendo títulos de maestros, pero no «creando maestros», y... ¡es tan distinto lo uno de lo otro!

En sucesivos artículos, contando con la benévola acogida que nos dispensa siempre VIDA MANCHEGA, iremos expo-

niendo el «por qué» de las afirmaciones aquí hechas, el «por qué» de lo que en principio dejamos delineado en esta primera parte de nuestro trabajo, que solo inspira el amor que sentimos por España y el deseo vehemente de que su regeneración—no la regeneración que predicán los políticos profesionales—sea un hecho y principie por la Escuela, base sólida y patente del engrandecimiento y prosperidad de un país.

C. MARTINEZ PAGE.

Madrid 1918.

EL ELIXIR DE LA VIDA

(CUENTO)

A mi querido tío, don Manuel Camacho, en prueba de cariño y respeto.

¡Todo está sumido en el más profundo silencio! El pueblo de Renales se encontraba más sombrío, más triste, que en aquellas otras noches en las cuales los mozos recorrían las tortuosas y mal alumbradas calles entonando canciones populares al alegre son de la vihuela. Las sombras de la noche envolvían a todo, dando a los edificios el aspecto de fantasmas amenazadores que se elevaban en el espacio, solo en cortos intervalos un relámpago de vivísima luz rasgaba la intensa oscuridad sembrando el pánico en los vecinos de aquellos lugares; las vidrieras eran azotadas con furia por el torrente de agua que ha tiempo caía.

Por la cuesta que conduce a la iglesia de San Francisco, ascendía con trabajo apoyándose en las paredes un hombre de unos veintiocho años próximamente; alguna vez deteniéndose elevaba los puños y profería terribles maldiciones que apagaban los truenos de la tormenta; un ¡ay! ¡ya no puedo más! murmuraron los labios de aquel desgraciado, al mismo tiempo que caía desfallecido en los escalones de la puerta del templo.

¡Solo en el mundo! he aquí las palabras que son el terror de los hombres. Sin un misero mendrugo de pan con que mitigar el hambre sin más agua que la que brota de las breñas de las rocas, que aquella que ya recorre murmurando arroyos y ríos o ya se nos presenta quieta y apacible en los lagos. sin una palabra de consuelo, aquel desdichado reco-